

y soportadas en común. De S. M. el Emperador Maximiliano sería la honra de haber realizado de ese modo la obra civilizadora, de que nos enorgulleceremos siempre por haberla protegido y alentado desde su principio.....”

Tan notable documento, que vino á decidir la suerte del Imperio, condenando á éste á su desaparición de la escena política, da una medida de la pérfida y criminal conducta de Napoleón, quien, al mirar que fracasaba su descabellada empresa, no tuvo empacho en abandonarla cobardemente, sacrificando al Archiduque, al dócil y complaciente instrumento de sus maquiavélicos proyectos, y á lo que él llama enfáticamente, “la página más hermosa de su reinado.”

Persistiendo en la errónea pero punible idea de aseverar que la Francia no nos impuso la monarquía, y de encomiar los grandes fines y ventajas de la Intervención, se muestra hasta como enfadado de que las reclamaciones francesas, *único móvil honrado de la guerra*, no hubieran hallado la suficiente reparación, mientras, según decía, la obtenían sin demora y en metálico, créditos dudosos, discutiéndose hasta el origen de los presentados por la Francia, cuando éstos, además de estar reconocidos por el Tratado de Miramar, *constituían una deuda de honor é indiscutible*; es decir, que según el deseo del Monarca del Sena, México debió cerrar los ojos, y aceptar de liso en llano las monstruosas é inicuas pretensiones que se le imponían por medio de la fuerza.....

Fruto de esa política desastrada fué el resultado funesto de una empresa, que empezando por la procacidad y la mala fe, tenía que concluir por la traición y hasta por la burla hecha por el déspota francés, al condenar hipócritamente la tutela extranjera, que á pesar de haberla ejercido omnímodamente cerca de su protegido, la calificó de *una mala escuela y un manantial de peligros*.

“La Corte de México, dice el Conde de Kératry, quedó herida de estupor, y aun manifestó el dolor que le causaba el Gabinete de las Tullerías, y esto con tanta más fuerza, cuanto que el tesoro mexicano se había agotado por hacer frente á los compromisos que había contraído con la Francia.”

Se pisoteaba el Tratado de Miramar, y se exigía una nueva Convención que debía quitarle al Imperio sus últimos recursos, los de las Aduanas de Tampico y Veracruz, puesto que la mitad de sus produc-

tos debía darlos á Francia; y si no se aceptaba esta Convención, “el Mariscal tenía orden de replegarse inmediatamente y de abandonar á Maximiliano á sus propias fuerzas.”

Por lo tanto, el resentimiento de la familia imperial fué intenso, y se exhaló en quejas amargas: lleno de ira exclamó Maximiliano: “Hé sido engañado: había una convención formal arreglada entre el Emperador Napoleón y yo, sin la cual jamás hubiera aceptado el trono, y por la cual se me garantizaba absolutamente el socorro de las tropas francesas hasta fines de 1868.”

Y tenía razón el Archiduque, pues según hemos visto, por el artículo 3º de la Convención de Miramar quedó estipulado que los ocho mil hombres de la legión extranjera permanecerían en México después de la retirada de las demás fuerzas; y por el artículo 2º de los adicionales secretos, que en 1867 habían de quedar todavía doce mil franceses, además de la legión extranjera; es decir, veinte mil hombres. “Por el despacho de M. Drouyn de Lhuys, asienta Arrangoiz, se ve de qué modo cumplía sus compromisos Napoleón, y cómo para faltar á ellos no se hacía escrúpulo de ocurrir á pretextos muy poco honrosos.”

El partido conservador quedó evidenciado completamente, pues para nada se le tenía en cuenta en la resolución acabada de tomar; y el Imperio tenía que morir de inanición y de miseria, ya por el abandono de la Francia, y ya por la falta absoluta de todo elemento nacional de algún valer que le diera vida, que lo recomendara á la consideración pública y que lo proveyera de armas para resistir; y aun suponiendo en el Archiduque dotes administrativas y cualidades sobresalientes de gobernante, de que carecía en lo absoluto, la situación era insostenible y no tenía más honrosa y posible solución, que la ruidosa catástrofe que la terminó en el histórico “Cerro de las Campanas.”

La brusca é inusitada resolución del monarca francés de retirar sus tropas hizo nacer en Maximiliano la idea de abdicar y marcharse para Europa; mas la Emperatriz, dominada por un poderoso sentimiento de vanidad, y con la energía que le caracterizaba, se opuso decididamente, no pudiendo conformarse con descender de un trono para volver á ser Archiduquesa: resolvió ir á Paris y á Roma, y ganar para su causa estas tres cuestiones, que en su concepto debían decidir la suerte de la monarquía: la permanencia y aumento del cuerpo de



ocupación; un auxilio financiero, y el arreglo con el Papa de las cuestiones religiosas.

Firme en esa resolución, obtuvo el acuerdo de su esposo, que tenía una confianza ciega en el talento y discreción de su consorte, y en tal virtud, el "Diario del Imperio," de fecha 7 de Julio, anunció la partida en los términos siguientes:

"S. M. la Emperatriz sale mañana para Europa. S. M. va á tratar de los intereses de México y á arreglar varios asuntos internacionales. Esta misión aceptada por nuestra Soberana con verdadero patriotismo, es la mayor prueba de abnegación que haya podido dar el Emperador á su nueva patria, tanto más, cuanto que la Emperatriz va á arrostrar el riesgo del vómito en la Costa de Veracruz, tan peligrosa en la estación de las lluvias.<sup>1</sup>

Con fecha 16 del mismo, decía el mismo periódico:

"La Emperatriz ha salido del territorio mexicano. Los más graves intereses de México han motivado este acontecimiento tan digno de la gratitud nacional. S. M. va á tratar personalmente con la Francia varios puntos importantes para el porvenir, secundando con este acto el celo y abnegación de nuestro Soberano por la causa de la patria.

"Varias causas han suscitado la necesidad de arreglos previos á la salida del ejército francés, para que el Emperador pueda dar fin á la obra de regenerar el país y afirmar sus destinos. Natural es conocer que hemos llegado á esta ocasión, por la oportunidad de asegurar la marcha firme y estable del Gobierno, y por las dificultades consiguien-

<sup>1</sup> Un historiador francés refiere, que el 6 de Julio de 1866, la infortunada Princesa ciñó por última vez la diadema para ir á la Catedral de México, á presidir el *Te Deum* cantado en una fiesta de su marido.

Que en el momento de retirarse después de la ceremonia, una dama de honor, la Sra. Pacheco, pidió á la Soberana el permiso de abrazarla, á lo que accedió, no obstante sus maneras mas bien altivas que afectuosas. Viendo á la Pacheco anegada en lágrimas, "¿qué tenéis le dijo?" "¡Ah! señora, le contestó: yo me pregunto si no será ésta la última vez que acompañamos á V. M."

Esta escena conmovedora y patética fué contagiosa, y durante algunos minutos el salón imperial resonó en sollozos; mas la Emperatriz bastante dueña de sí misma para contener su emoción, abrazó una tras otra á las damas presentes, y se precipitó en seguida en la pieza inmediata, dirigiéndoles un *adiós* sofocado.

La Princesa Iturbide que estaba más cerca pudo ver sus ojos anegados en llanto."

tes á constituir una nación que tanto tiempo ha sido combatida por las revoluciones.

"La Francia y México tienen que ventilar puntos delicados sobre tratados internacionales que deben regir en lo futuro y que conciernen al interés de ambas naciones: Tratar de estas cuestiones toca especialmente al Soberano, porque de ellas depende la facilidad de la administración pública y el apoyo firme de la nacionalidad.

"La Emperatriz lleva, pues, á Francia, la misión más importante que ha sobrevenido de los acontecimientos que dan término á la expedición francesa. México, al desarrollar sus elementos, establecer el sistema hacendario y ponerse en plena aptitud de llenar todos sus deberes, se encuentra con la obligación de atender de preferencia á las necesidades interiores y cubrir, además, los compromisos de sus convenciones. Tiene que completar el ejército nacional para concluir la pacificación, sosteniendo á fuerza de energía y actividad el período de transición.

"A la política y discreción de la Emperatriz son conocidas tan atendibles urgencias; y no en vano la Providencia la habrá inspirado para ajustar los convenios que dejen expedita á la Nación en la empresa que le corresponde....."<sup>1</sup>

Acerca de la pretendida abdicación de Maximiliano, dice Arrangoiz: "Si el Emperador no tenía intención de quedarse en México, se dirá, ¿por qué no aprovechó el fundado motivo que le presentaba el despacho del Ministro de Negocios Extranjeros, de 31 de Mayo, para abandonar el trono. Así lo intentó, pero la Emperatriz vió más claro que Maximiliano y le hizo desistir de su proyecto: estaba declarada la guerra entre Austria y Prusia; no se sabía aún en México su resultado. Si hubiera sido favorable á Francisco José, como generalmente

<sup>1</sup> Un incidente penoso, bajo todos conceptos, dice el Conde de Kératy, señaló el paso de la Emperatriz por el Puerto de Veracruz. El departamento de la marina mexicana, á pesar de los cuantiosos fondos puestos á su disposición por el Mariscal, no poseía ni siquiera una embarcación, ni había el cuidado de preparar una para su Soberana; por lo tanto, al llegar al muelle la Archiduquesa, no encontró sino un bote francés á sus órdenes que no quiso aceptar, rehusando decididamente navegar bajo la sombra del pabellón francés para ir al buque. "El descontento que manifestó S. M., agrega el Conde, era una señal inequívoca de que se alejaba del suelo mexicano con el corazón lacerado, por la conducta del Gobierno francés."



se esperaba, ¿habría podido Maximiliano presentarse en Austria? ¿Se lo hubiera permitido su hermano, siendo vencedor de Prusia? No. Así lo comprendió la Emperatriz, y se lo hizo comprender al Emperador: era preciso tentar los medios de poder permanecer todavía en México; de ser soberanos."

M. Eloin, amigo íntimo de Maximiliano, y que, como lo llevamos dicho en otra parte de esta obra, llevó á Europa una misión secreta del Archiduque, en carta de fecha 17 de Septiembre de 1866, que dirigió á éste desde Bruselas, lo excitaba á permanecer en México, apelando al voto popular, libre de la presión extranjera, pues que *abandonar la partida antes del regreso del ejército francés, sería considerado como un acto de debilidad*: que si ese llamamiento no era escuchado, habiendo cumplido honrosamente su misión, podía regresar á Europa con todo su anterior prestigio, y en medio de los acontecimientos importantes que no tardarían en surgir, "podría desempeñar el papel que por tantos conceptos le correspondía," asertos que corroboran y justifican la sospecha que se tenía de que Maximiliano nunca abrigó el propósito firme de quedarse en el Imperio.

A la vez, el Barón de Lago, Embajador de Austria, le hacía saber que el Emperador Francisco José, su hermano, no le permitiría la entrada en sus dominios, ni le reconocería el carácter de Monarca; y el Ministro de Inglaterra, M. Scarlett, para contrarrestar la política francesa, le persuadía á que no saliese del país.

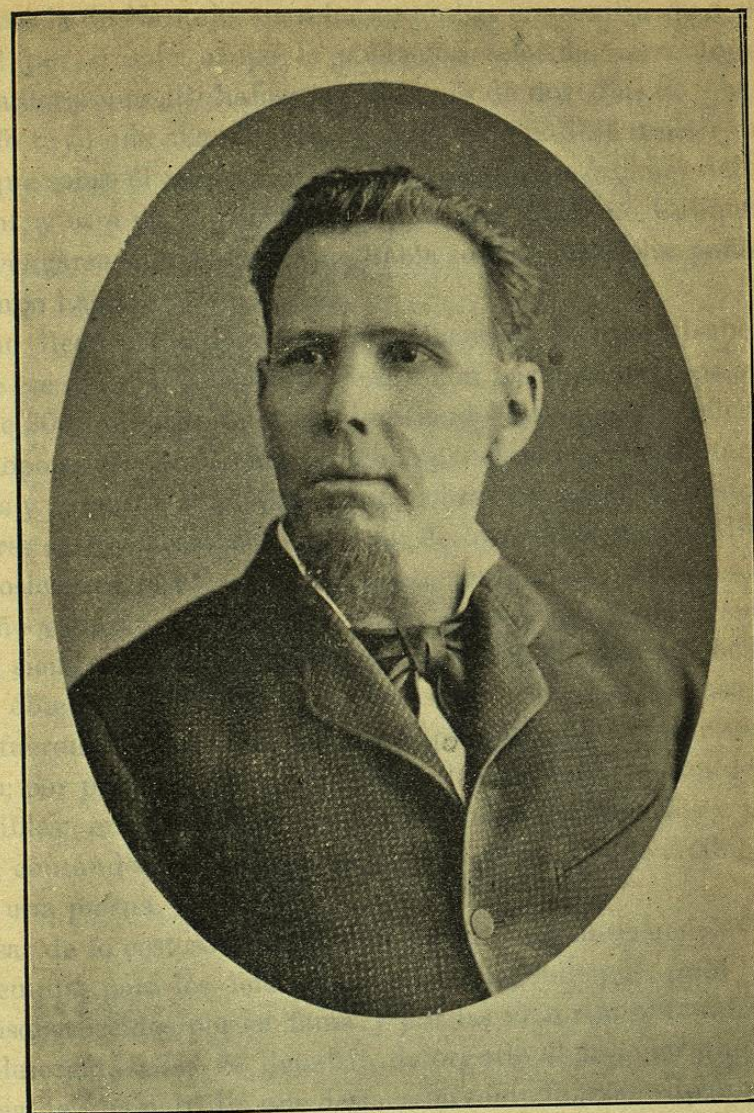
En esos días, recibió una carta de su madre, la Archiduquesa Sofía, en la que ésta lo conjuraba á sepultarse entre los escombros de México antes que someterse á las exigencias de los franceses.

Un cúmulo de circunstancias fatales se interponían en el camino de la abdicación, única salida decorosa que le quedaba para huir de aquella horrible situación.

Mientras la Princesa Carlota surcaba las ondas del Atlántico, la situación militar y política se presentaba más y más amenazadora para la existencia del facticio trono imperial.

Ya hemos dado cuenta de la caída de Matamoros en poder del General Escobedo; pero antes de que este suceso tuviera verificativo, acaecieron algunos otros que vamos á relatar y que deben considerarse como la causa determinante de aquél.

Habiendo dado aviso el Gobernador de Coahuila, Viezca, de que



GENERAL GERONIMO TREVINO.